

ficacion á la tal medida, sino que las visitas no pudieran hacerse de noche. Luego que se aseguraron de este medio de perseguir y mortificar á cuantos les hacian la menor sombra, se añadió lo que faltaba y era el de caer sobre ellos de la manera mas pronta instalando el tribunal revolucionario. Púsose en ejercicio este terrible instrumento á propuesta de Danton, sin embargo de que conocia mejor que otros todo el abuso que podia hacerse de él, pero lo sacrificaba todo á su objeto. El sabia muy bien que castigar pronto es lo mismo que examinar menos atentamente; que examinar sin atencion es esponerse á errar, sobre todo en tiempos de partidos; y que errar en estas materias es cometer una atroz injusticia; pero á su modo de ver, la revolucion no era otra cosa que la sociedad acelerando su accion en todas las cosas, así en materia de justicia, como de administracion y de guerra. Decia que en tiempos tranquilos la sociedad prefiere dejar impune al culpable á castigar al inocente, porque el culpable es poco peligroso, pero á medida que lo va siendo algo mas va entrando la gana de prenderle, y si lo llega á ser tanto que pueda ocasionar su ruina, entonces carga contra todo el que escita sus sospechas y prefiere entonces castigar á un inocente á dejar escapar un culpable. Tal es la dictadura, es decir, la accion violenta en las so-

ciedades que están amenazadas, rápida, arbitraria, aventurada, pero irresistible.

Asi los resultados inmediatos de la batalla de Neerwinde, de la retirada de Bélgica, de las amenazas de Dumouriez y de los movimientos del Vendee, fueron la concentracion de todos los poderes en la convencion, la instalacion del tribunal revolucionario, un principio de inquisicion contra los sospechosos y un gran aumento de odio contra los diputados que se oponian á tales medios extraordinarios.

Mucho se habia acrecentado el mal humor de Dumouriez con los reveses, y mas cuando supo que el ejército de Holanda se retiraba en el mayor desorden abandonando á Amberes y el Escalda y dejando en Breda y Getruydenberg las dos guarniciones francesas; que d'Harville no habia podido mantenerse en el castillo de Namur y se replegaba sobre Givet y Mauhenge y que Neuilly lejos de poder mantenerse en Mons, se habia visto precisado á retirarse sobre Condé y Valenciennes, porque su division en lugar de tomar posicion en las alturas de Nimy, habia saqueado los almacenes y echado á correr. Asi por una consecuencia de los desordenes de aquel ejército veia desvanecerse el proyecto de formar en Bélgica un semicírculo de plazas fuertes, que hubiera pasado desde Namur á Flandes y la Holanda, en cuyo centro se hubie-

ra colocado él para obrar con mayor ventaja. A poco mas ya no le quedaba que ofrecer á los imperiales en cambio y tenia que someterse á su dependencia debilitándose mas y mas. Conforme se iba acercando á Francia se aumentaba su cólera al ver mas de cerca los desórdenes y al oír los gritos que se levantaban contra él : de suerte que ya no se ocultaba de nadie y sus palabras repetidas por su estado mayor y difundidas por todo el ejército, no dejaban duda alguna de los proyectos que fermentaban en su cabeza. La hermana del duque de Orleans y Madama Sillery se habian refugiado en Bélgica huyendo de los peligros que las amenazaban, buscando proteccion al lado de sus hermanos y se encontraban en Ath, lo cual dió mucho aumento á las sospechas.

Allí se presentaron tres enviados de los jacobinos llamados el uno Dubuisson <sup>4</sup>, refugiado de Bruselas, Proly <sup>5</sup>, hijo natural de Kaunitz y un tal Pereira <sup>6</sup>, judío portugues, diciendo con verdad ó sin ella que llevaban una comision de Lebrun. Fuéronse á donde estaba el general como espías del gobierno y no les costó trabajo averiguar unos proyectos que no disimulaba Dumouriez. Le encontraron rodeado del general Valence y de los hijos del duque de Orleans, y fueron muy mal recibidos oyéndole espresiones muy poco lisonjeras para los jacobinos y la convencion; mas á pe-

sar de eso volvieron al dia siguiente y obtuvieron de él una conferencia secreta, en la cual se descubrió Dumouriez enteramente. Empezó por decirles que tenia bastantes fuerzas para batirse por detras y por delante; que la convencion era un compuesto de doscientos bribones y seiscientos imbéciles y que se reia de sus decretos, que dentro de muy poco no tendrian importancia mas que en las afueras de Paris. En cuanto al tribunal revolucionario, añadió con mayor indignacion, "yo sabré estorbarle y mientras que tenga tres pulgadas de azero á mi lado no existirá semejante horror.—Luego se desató contra los voluntarios, llamándolos cobardes á boca llena, y que no queria mandar sino tropas de linea, con las cuales iria á poner término á todos los desórdenes de Paris.—«¿Luego no quereis constitucion? le preguntaron entonces los tres interlocutores.—«La «nueva constitucion inventada por Condorcet es «muy necia.—¿Y que pondriais en su lugar?—«La antigua de 1791, por mala que sea.—Pero «necesitariais un rey y el nombre de Luis causa «horror.—Que se llame Luis ó Jaco lo importa muy «poco.—*O Felipe*, replicó uno de los enviados; «¿pero como se ha de reemplazar la asamblea actual?—Dumouriez se quedó parado un momento y luego añadió: hay administraciones locales «que han sido elegidas por la confianza de la na-

« cion , y los 500 presidentes de distrito serán los  
 « 500 representantes. — Pero antes que se reunan  
 « ¿quien tomará la iniciativa en esta revolucion?  
 « — Los Mamelucos, es decir , mi ejército , que se-  
 « rá de este dictámen , le confirmarán los presiden-  
 « tes de los distritos y yo haré la paz con la coa-  
 « lición , la cual si yo no me opusiera , estaria en  
 « Paris dentro de quince dias. »

Séase que estos tres enviados hubiesen venido , como creyó Dumouriez , para sondear sus intenciones en el interes de los jacobinos , ó que solo intentasen hacerle esplicarse con mas claridad , le sugirieron una idea y fué , que supuesto que los jacobinos eran un cuerpo deliberante ¿por qué no ponerlos en el lugar de la convencion? Al oír estas palabras les echó una mirada en que se pintaba toda la indignacion y desprecio que puede expresar un rostro humano y ellos retiraron su proposicion , hablándole del peligro á que espondria semejante proyecto á los Borbones que todavia estaban presos en el Temple , y por quienes él parecia interesarse. A esto replicó Dumouriez que aunque todos pudiesen en Paris ó en Coblenz , siempre encontraria la Francia un gefe que pudiera salvarla ; fuera de que si Paris cometia nuevas atrocidades en los desgraciados presos del Temple , él se presentaria inmediatamente con doce mil hombres y daria la ley. Que no pensasen en

que él habia de imitar la conducta del imbécil de Broglie , que con 30 mil hombres se habia dejado tomar la Bastilla ; y que con solo dos destacamentos en Nogent y en el puente de San Majencio mataria de hambre á los Parisienses. « Por lo demas ,  
 « añadió , vuestros jacobinos pueden espiar todos  
 « sus crímenes con mucha facilidad ; que salven á  
 « los infelices presos y echen á patadas á los 745  
 « tiranos de la convencion y serán perdonados. »

Entonces le hablaron los interlocutores de sus propios peligros ; á lo cual respondió : « siempre  
 « tendré sobrado tiempo para echar un galope ha-  
 « cia los Austriacos. ¿Y qué , querriais participar  
 « de la suerte de Lafayette. ? — Yo me pasaré al  
 « enemigo de un modo muy distinto ; y ademas  
 « las potencias tienen muy diferente idea de mi  
 « talento y no tienen que echarme en cara las jor-  
 « nadas del 5 y 6 de octubre. »

Tenia mucha razon Dumouriez en no temer la suerte de Lafayette , porque se estimaba en mas su saber y en mucho menos la firmeza de sus principios para que le encerráran en Olmutz. En esto se despidieron los tres enviados diciéndole que iban á sondear á Paris y á los jacobinos sobre el asunto.

Sin embargo de que Dumouriez creia que los tres enviados eran unos puros jacobinos , no por eso se habia explicado con menos osadia , como

que sus proyectos eran ya entonces evidentes. Las tropas de línea y los voluntarios se observaban recíprocamente con desconfianza y todas las señales eran de que iba á levantarse el pendon de la rebelion.

Ya habia recibido el poder ejecutivo informes que inspiraban mucha inquietud, y la comision de seguridad general habia propuesto y espedido un decreto por el cual se citaba á la barra al general Dumouriez. Cuatro comisarios, acompañados del ministro de la guerra, habian recibido orden de trasladarse al ejército para notificar el decreto y traer el general á Paris, los cuales eran Bancal <sup>7</sup>, Quinette <sup>8</sup>, Camus y Lamarque <sup>9</sup>, habiéndose incorporado con ellos Beurnonville, cuyo papel era el mas difícil de todos, á causa de la estrecha amistad que le unia con Dumouriez.

Marchó la comision el dia 30 de marzo, y en el mismo dia se fué Dumouriez al campo de Bruille desde donde amenazaba á un tiempo las tres importantes plazas de Lille, Condé y Valenciennes, estando muy incierto sobre el partido que debía tomar, porque su ejército estaba dividido. La artilleria, la tropa de línea, la caballería y todos los cuerpos organizados le parecian estar muy adictos; pero los voluntarios nacionales comenzaban á murmurar y separarse de los otros, no quedándole mas que un recurso en aquella situacion, que era de-

sarmar á los voluntarios. Pero se esponia á un combate, y la prueba no dejaba de ser difícil porque era de recelar que la tropa de línea no quisiere ensangrentarse con sus compañeros de armas. Por otra parte no faltaban entre los voluntarios quienes se hubiesen batido bien y parecian partidarios suyos; y así dudando en tomar aquella rigorosa providencia, pensó en apoderarse de las tres plazas en cuyo centro se hallaba, pues por este medio adquiria víveres y un punto de apoyo contra el enemigo, de quien siempre desconfiaba. Pero en aquellas tres plazas estaba muy dividida la opinion, porque las sociedades populares, ayudadas de los voluntarios, se habian sublevado contra él y amenazaban á la tropa de línea. En Valenciennes y en Lille los comisarios de la convencion escitaban el celo de los republicanos, y solo en Condé tenian la ventaja sus partidarios por influjo de la division de Neuilly. Entre los generales de division, Dampierre se conducia con él lo mismo que él se habia conducido con Lafayette despues del 10 de agosto; y otros muchos, sin declararse todavia abiertamente, estaban prontos á abandonarle.

El dia 31 se le presentaron en su campo seis voluntarios llevando en el sombrero un letrero escrito con greda, que decia: *República ó la muerte*, é hicieron ademán de querer apoderarse de su per-

sona; pero él ayudado de su fiel Batista, los rechazó y los entregó á los húsares. Este suceso dió mucho que hablar en el ejército, y varios cuerpos le dirijieron aquel dia muchas representaciones que reanimaron su confianza. Inmediatamente levantó el estandarte y destacó á Miaczinsky con algunos miles de hombres para marchar contra Lille. En efecto avanzó Miaczinsky hacia la plaza y confió al mulato Saint Georges <sup>10</sup>, que mandaba un regimiento de la guarnicion, el secreto de su empresa. Este aconsejó á Miaczinsky que se presentase en la plaza con una simple escolta, y el desgraciado general que le creyó, apenas hubo entrado en Lille cuando le rodearon y entregaron á las autoridades. Cerráronse las puertas, y la division anduvo errante por el glacis de Lille sin general que la mandase, pues aunque Dumouriez envió al instante un edecan para reunir la, tambien le cogieron y la division quedó perdida para él. Despues de aquella desgraciada tentativa, ensayó otra semejante sobre Valenciennes, donde mandaba el general Ferrand, á quien creia muy dispuesto á su favor; pero el oficial encargado de sorprender la plaza hizo traicion á sus proyectos; se unió con Ferrand y con los comisarios de la convencion, y tambien perdió á Valenciennes. No le quedaba pues mas que Condé, que por estar situada entre la Francia y el enemi-

go era su único punto de apoyo. Si le perdía, era indispensable que se entregase á los imperiales, poniéndose en sus manos á riesgo de que se indignara su ejército si queria hacerle marchar con él.

El 1.º de abril trasladó su cuartel general á St. Amand para estar mas inmediato á Condé, y mandó arrestar al hijo del diputado de Versalles Lecointre y le envió en rehenes á Tournay, suplicando al austriaco Clerfayt que le tuviese en depósito en la ciudadela. El 2 por la tarde llegaron á casa de Dumouriez los cuatro comisionados de la convencion, precedidos de Beurnonville, estando formados en batalla delante de su puerta los húsares de Berchiny y todo su estado mayor al rededor de él. Dumouriez abrazó por de contado á su amigo Beurnonville y preguntó á los diputados el objeto de su mision: mas ellos rehusaron explicarse en presencia de aquella multitud de oficiales cuya actitud les inspiraba poca seguridad y quisieron pasar á otra pieza inmediata. Consintió el general, pero los oficiales exigieron que quedase la puerta abierta, y entonces Camus le leyó el decreto aconsejándole que se sometiese. Respondió Dumouriez que el estado de su ejército exigia su presencia, y que luego que estuviese reorganizado veria lo que debia hacer. Insistió Camus con fuerza, pero le replicó Dumouriez que no se-

ria tan tonto, que sin mas ni mas se fuese á París á entregarse al tribunal revolucionario, donde unos tigres esperaban su cabeza, mas él no tenia ganas de regalársela. En vano le aseguraron los cuatro comisarios que no se trataba de atentar á su persona y que respondían de ella, pero que este paso tranquilizaria á la convencion y no tardaria en volver á su ejército. El no quiso escuchar nada y les suplicó que no le apurasen demasiado, diciéndoles que lo mejor que podian hacer era tomar una resolucion moderada escribiendo á la convencion que en aquel momento les habia parecido demasiado necesaria la presencia del general Dumouriez para apartarle de su ejército. Al acabar estas palabras se salió y les mandó que se decidiesen. Entonces pasó con Beurnonville á la pieza donde se hallaba el estado mayor y estuvo esperando en medio de sus oficiales la determinacion de los comisarios. Estos con noble firmeza salieron un momento despues y le reiteraron su intimacion, « ¿ Quereis obedecer á la convencion? le « dijo Camus. — No, replicó el general. — Pues « bien, le tornó Camus á decir, quedais suspendi- « do de vuestras funciones; vuestros papeles se- « rán secuestrados y arrestada vuestra persona. — « Eso ya es demasiado, gritó Dumouriez; húsares « á mí.... entraron los húsares y les dijo en ale- « man: arresten Vms. á esas gentes, pero que no

« se les haga ningun mal.— Beurnonville le su- « plicó que hiciese lo mismo con él. — Sí, le res- « pondió, y me parece que os hago en ello un « gran servicio, con preservaros del tribunal re- « volucionario. »

Mandó Dumouriez que les diesen de comer y en seguida los envió á Tournay para que los Austriacos los tuviesen en rehenes, y á la mañana siguiente muy temprano montó á caballo, hizo una proclama al ejército y á la Francia y encontró en sus soldados, sobre todo en los de linea las disposiciones mas favorables en la apariencia.

Todas estas noticias iban llegando sucesivamente á Paris, y ya se habia sabido la entrevista de Dumouriez con Proly, Dubuisson y Pereira, sus tentativas contra Lille y Valenciennes y últimamente el arresto de los cuatro comisarios. Inmediatamente se declararon en permanencia la convencion, las asambleas municipales, y las sociedades populares, ofreciendo premios por la cabeza de Dumouriez y poniendo presos á todos los parientes de los oficiales de su ejército para que sirviesen de rehenes. Se mandó levantar un cuerpo de 40 mil hombres para cubrir la capital y se le dió á Dampierre el mando general del ejército de Bélgica. A estas urgentes medidas se añadieron, como siempre, muchas calumnias, mezclando á Dumouriez con Orleans y con los girondinos,